

La vida es sueño, Pedro Calderón de la Barca, José M. Ruano de la Haza,
Madrid, Castalia, 2003

Primera intervención de doña Aurora Egido

Rosaura –

Hipogrifo violento,
que corriste parejas con el viento,
¿dónde, rayo sin llama,
pájaro sin matiz, pez sin escama,
y bruto sin instinto
natural, al confuso laberinto
de esas desnudas peñas,
te desbocas, te arrastras y despeñas?
¡Quédate en este monte,
donde tengan los brutos su Faetonte,
que yo, sin más camino
que el que me dan las leyes del destino,
ciega y desesperada,
bajaré la cabeza enmarañada
de este monte eminente,
que arruga el sol el ceño de la frente!
Mal, Polonia, recibes
a un extranjero, pues con sangre escribes
su entrada en tus arenas,
y apenas llega cuando llega a penas.
Bien mi suerte lo dice,
mas ¿dónde halló piedad un infelice?

¿No es breve luz aquella
caduca exhalación, pálida estrella,
que, en trémulos desmayos,
pulsando ardores y latiendo rayos,
hace más tenebrosa
la obscura habitación con luz dudosa?
Sí, pues a sus reflejos
puedo determinar –aunque de lejos

una prisión obscura,
que es de un vivo cadáver sepultura.
Y, porque más me asombre,
en el traje de fiera yace un hombre,
de prisiones cargado
y sólo de la luz acompañado.
Pues huir no podemos,
desde aquí sus desdichas escuchemos.
Sepamos lo que dice.

Segismundo—

¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
¿qué delito cometí
contra vosotros naciendo?
Aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido.
Bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor,
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.
Sólo quisiera saber,
para apurar mis desvelos,
dejando a una parte, cielos,
el delito de nacer,
¿qué más os pude ofender
para castigarme más?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?
Nace el ave y, con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma
o ramillete con alas
cuando las etéreas salas

corta con velocidad,
negándose a la piedad
del nido que deja en calma,
¿y teniendo yo más alma
tengo menos libertad?

Nace el bruto y, con la piel
que dibujan manchas bellas,
apenas signo es de estrellas,
gracias al docto pincel
cuando, atrevido y crüel,
la humana necesidad
le enseña a tener crueldad,
monstruo de su laberinto,
¿y yo, con mejor instinto,
tengo menos libertad?

Nace el pez, que no respira,
aborto de ovas y lamas,
y apenas bajel de escamas
sobre las ondas se mira
cuando a todas partes gira,
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le da el centro frío,
¿y yo, con más albedrío,
tengo menos libertad?

Nace el arroyo, culebra
que entre flores se desata,
y apenas, sierpe de plata,
entre las flores se quiebra
cuando músico celebra
de los cielos la piedad,
que le dan con majestad
el campo abierto a su huida,
¿y teniendo yo más vida
tengo menos libertad?

En llegando a esta pasión,
un volcán, un Etna hecho,

quisiera sacar del pecho
pedazos del corazón.
¿Qué ley, justicia, o razón
negar a los hombres sabe
privilegio tan suave,
excepción tan principal,
que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y a un ave?

Rosaura–

Temor y piedad en mí
sus razones han causado.

Segismundo–

¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?
(Dí que sí: en música –clarín- para que supla el verso)

Rosaura–

No es sino un triste, ¡ay de mí!,
que en estas bóvedas frías
oyó tus melancolías.

Segismundo–

Pues la muerte te daré,
por que no sepas que sé
que sabes flaquezas mías.
Sólo porque me has oído,
entre mis membrudos brazos,
te tengo de hacer pedazos.
(Yo soy sordo y no he podido escucharte – clarín- en música)

Rosaura–

Si has nacido
humano, baste el postrarme
a tus pies para librarme.

Segismundo—

Tu voz pudo enternecerme,
tu presencia suspenderme
y tu respeto turbarme.
¿Quién eres? Que aunque yo aquí
tan poco del mundo sé,
que cuna y sepulcro fue
esta torre para mí;
y aunque desde que nací,
si esto es nacer, sólo advierto
este rústico desierto
donde miserable vivo,
siendo un esqueleto vivo,
siendo un animado muerto;
y aunque nunca vi ni hablé
sino a un hombre solamente
que aquí mis desdichas siente,
por quien las noticias sé
de cielo y tierra; y aunque
aquí, por que más te asombres
y monstruo humano me nombres,
entre asombros y quimeras,
soy un hombre de las fieras
y una fiera de los hombres;
y aunque, en desdichas tan graves,
la política he estudiado,
de los brutos enseñado,
advertido de las aves,
y de los astros süaves
los círculos he medido,
tú sólo, tú, has suspendido
la pasión a mis enojos,
la suspensión a mis ojos,
la admiración al oído.
Con cada vez que te veo,
nueva admiración me das;
y cuando te miro más,

aún más mirarte deseo.
Ojos hidrónicos creo
que mis ojos deben ser,
pues, cuando es muerte el beber,
beben más, y, desta suerte,
viendo que el ver me da muerte,
estoy muriendo por ver.
Pero véate yo y muera;
que no sé, rendido ya,
si el verte muerte me da,
el no verte qué me diera.
Fuera, más que muerte fiera,
ira, rabia y dolor fuerte;
fuera muerte –desta suerte
su rigor he ponderado–,
pues dar vida a un desdichado
es dar a un dichoso muerte.

Rosaura–

Con asombro de mirarte,
con admiración de oírte,
ni sé qué pueda decirte,
ni qué pueda preguntarte.
Sólo diré que a esta parte
hoy el cielo me ha guiado
para haberme consolado;
si consuelo puede ser,
del que es desdichado, ver
a otro que es más desdichado.
Cuentan de un sabio que, un día,
tan pobre y mísero estaba
que sólo se sustentaba
de unas yerbas que comía.
¿Habrá otro, entre sí decía,
más pobre y triste que yo?
Y, cuando el rostro volvió,
halló la respuesta, viendo

que iba otro sabio cogiendo
las hojas que él arrojó.
Quejoso de la fortuna,
yo en este mundo vivía,
y cuando entre mí decía:
«¿habrá otra persona alguna
de suerte más importuna?»,
piadoso me has respondido,
pues, volviendo en mi sentido,
hallo que las penas mías,
para hacerlas tú alegrías,
las hubieras recogido.
Y por si acaso mis penas
pueden aliviarte en parte,
óyelas atento y toma
las que dellas me sobraren.
Yo soy...

Clotaldo—

¡Guardas desta torre,
que, dormidas o cobardes,
disteis paso a dos personas
que han quebrantado la cárcel!

Rosaura—

Nueva confusión padezco.

Clotaldo—

¡Oh vosotros que, ignorantes
de aqueste vedado sitio,
coto y término, pasasteis
contra el decreto del Rey,
que manda que no ose nadie

examinar el prodigio
que entre estos peñascos yace,
rendid las armas y vidas,
o aquesta pistola, áspid
de metal, escupirá
el veneno penetrante
de dos balas, cuyo fuego
será escándalo del aire!

Rosaura—

Ya que vi que la soberbia
te ofendió tanto, ignorante
fuera en no pedirte, humilde,
vida que a tus plantas yace.

Mi espada es ésta, que a ti
solamente ha de entregarse;
porque, al fin, de todos eres
el principal, y no sabe
rendirse a menos valor.

Y si he de morir, dejarte
quiero, en fe desta piedad,
prenda que pudo estimarse
por el dueño que algún día
se la ciñó; que la guardes
te encargo, porque, aunque yo
no sé qué secreto alcance,
sé que esta dorada espada
encierra misterios grandes,
pues sólo fiado en ella
vengo a Polonia a vengarme
de un agravio.

Clotaldo—

Esta espada es la que yo
dejé a la hermosa Violante,

por señas que, el que ceñida
la trujera, había de hallarme
amoroso como hijo,
y piadoso como padre.

¿Qué he de hacer? ¡Válgame el cielo!
¿Qué he de hacer? Porque llevarle
al Rey es llevarle, ¡ay, triste!,
a morir. Pues ocultarle
al Rey no puedo, conforme
a la ley del homenaje.
De una parte, el amor propio,
y la lealtad, de otra parte,
me rinden. Pero ¿qué dudo?
¿La lealtad del Rey no es antes
que la vida y que el honor?
Pues ella viva y él falte.
Fuera de que, si ahora atiendo
a que dijo que a vengarse
viene de un agravio, hombre
que está agraviado es infame:
no es mi hijo, no es mi hijo,
ni tiene mi noble sangre.
Mi hijo es; mi sangre tiene,
pues tiene valor tan grande.
Y así, entre una y otra duda,
el medio más importante
es irme al Rey y decirle
que es mi hijo y que le mate.
Quizá la misma lealtad
de mi honor podrá obligarle.
Y si le merezco vivo,
yo le ayudaré a vengarse
de su agravio; mas si el Rey,
en sus rigores constante,
le da muerte, morirá
sin saber que soy su padre.

Basilio—

Corte ilustre de Polonia,
vasallos, deudos, y amigos;
Ya sabéis que son las ciencias
que más curso y más estimo
matemáticas sutiles,
pues, cuando en mis tablas miro
presentes las novedades
de los venideros siglos,
le gano al tiempo las gracias
de contar lo que yo he dicho.
Esos círculos de nieve,
esos doseles de vidrio,
que el sol ilumina a rayos,
que parte la luna a giros,
son el estudio mayor
de mis años; son los libros,
donde, en papel de diamante,
en cuadernos de zafiros,
escribe con líneas de oro,
en caracteres distintos,
el cielo nuestros sucesos,
ya adversos o ya benignos.

En Clorilene, mi esposa,
tuve un infelice hijo,
en cuyo parto los cielos
se agotaron de prodigios

Su madre, infinitas veces,
entre ideas y delirios
del sueño, vio que rompía
sus entrañas atrevido
un monstruo en forma de hombre;
y, entre su sangre teñido,

le daba muerte, naciendo
víbora humana del siglo.
Llegó de su parto el día,
y, los presagios cumplidos:
los cielos se escurecieron,
temblaron los edificios,
llovieron piedras las nubes,
corrieron sangre los ríos.
En este mísero, en este
mortal planeta o signo
nació Segismundo, dando
de su condición indicios,
pues dio la muerte a su madre.
Yo, acudiendo a mis estudios,
en ellos y en todo miro
que Segismundo sería
el hombre más atrevido,
el príncipe más crüel
y el monarca más impío;
y él, de su furor llevado,
entre asombros y delitos,
había de poner en mí
las plantas; y yo, rendido
a sus pies me había de ver,
(¡con qué congoja lo digo!).
Pues dando crédito yo
a los hados, que adivinos
me pronosticaban daños
en fatales vaticinios,
determiné de encerrar
la fiera que había nacido,
por ver si el sabio tenía
en las estrellas dominio.
Publicóse que el infante
nació muerto y, prevenido,
hice labrar una torre
entre las peñas y riscos

desos montes, donde apenas
la luz ha hallado camino.
Allí Segismundo vive,
mísero, pobre y cautivo,
adonde sólo Clotaldo
le ha hablado, tratado y visto.
Éste le ha enseñado ciencias;
éste en la ley le ha instruido.
Aquí hay tres cosas: la una,
que yo, Polonia, os estimo
tanto que os quiero librar
de la opresión y servicio
de un rey tirano, porque
no fuera señor benigno
el que a su patria y su imperio
pusiera en tanto peligro;
la otra es considerar
que, si a mi sangre le quito
el derecho que le dieron
humano fuero y divino,
no es cristiana caridad,
pues ninguna ley ha dicho
que, por reservar yo a otro
de tirano y de atrevido,
pueda yo serlo, supuesto
que si es tirano mi hijo,
porque él delitos no haga,
vengo yo a hacer los delitos;
es la última y tercera
el ver cuánto yerro ha sido
dar crédito fácilmente
a los sucesos previstos,
pues, aunque su inclinación
le dicte sus precipicios,
quizá no le vencerán,
porque el hado más esquivo,
la inclinación más violenta,

el planeta más impío
sólo el albedrío inclinan,
no fuerzan el albedrío.

Yo he de ponerle mañana,
sin que él sepa que es mi hijo
en mi dosel, en mi silla
y, en fin, en el lugar mío,
donde os gobierne y os mande,
y donde todos, rendidos,
la obediencia le juréis;
pues con aquesto consigo
tres cosas, con que respondo
a las otras tres que he dicho.
Es la primera que, siendo
prudente, cuerdo y benigno,
gozaréis el natural
príncipe vuestro, que ha sido
cortesano de unos montes
y de sus fieras vecino.
Es la segunda que, si él,
soberbio, osado, atrevido
y crüel, con rienda suelta
corre el campo de sus vicios,
habré yo, piadoso entonces,
con mi obligación cumplido,
y luego, en desposeerle,
haré como rey invicto,
siendo, el volverle a la cárcel,
no crueldad, sino castigo.
Es la tercera que, siendo
el príncipe como os digo,
por lo que os amo, vasallos,
os daré reyes más dignos
de la corona y el cetro,
pues serán mis dos sobrinos,
juntando en uno el derecho

de los dos, y, convenidos
con la fe del matrimonio,
tendrán lo que han merecido.
Esto como rey os mando,
esto como padre os pido,
esto como sabio os ruego,
esto como anciano os digo.

Clotaldo—

Todo, como lo mandaste,
queda efetuado.

Basilio—

Cuenta,
Clotaldo, cómo pasó.

Clotaldo—

Fue, señor, desta manera.
Con la bebida, en efeto,
que el opio, la adormidera
y el beleño compusieron,
bajé a la cárcel estrecha
de Segismundo. Con él
hablé un rato de las letras
humanas que le ha enseñado
la muda naturaleza
de los montes y los cielos,
en cuya divina escuela
la retórica aprendió
de las aves y las fieras.
Para levantarle más
el espíritu a la empresa
que solicitas, tomé
por asunto la presteza
de un águila caudalosa
que, despreciando la esfera
del viento, pasaba a ser,

en las regiones supremas
del fuego, rayo de pluma
o desasido cometa.
Encarecí el vuelo altivo,
diciendo: «Al fin eres reina
de las aves, y así a todas
es justo que te prefieras».
Él no hubo menester más,
que, en tocando esta materia
de la majestad, discurre
con ambición y soberbia
—porque, en efeto, la sangre
le incita, mueve y alienta
a cosas grandes— y dijo:
«¡Que en la república inquieta
de las aves también haya
quien les jure la obediencia!
En llegando a este discurso,
mis desdichas me consuelan;
pues, por lo menos, si estoy
sujeto, lo estoy por fuerza;
porque, voluntariamente,
a otro hombre no me rindiera».
Viéndole ya enfurecido
con esto, que ha sido el tema
de su dolor, le brindé
con la pócima, y apenas
pasó desde el vaso al pecho
el licor cuando las fuerzas
rindió al sueño, discurriendo
por los miembros y las venas
un sudor frío, de modo
que, a no saber yo que era
muerte fingida, dudara
de su vida. En esto llegan
las gentes de quien tú fías
el valor desta experiencia,

y, poniéndole en un coche,
hasta tu cuarto le llevan,
donde prevenida estaba
la majestad y grandeza
que es digna de su persona.

Y si haberte obedecido
te obliga a que yo merezca
galardón, sólo te pido
–perdona mi inadvertencia–
que me digas qué es tu intento,
trayendo desta manera
a Segismundo a palacio.

Basilio–

Clotaldo, muy justa es esa
duda que tenéis, y quiero
sólo a vos satisfacerla.
A Segismundo, mi hijo,
el influjo de su estrella
–vos lo sabéis– amenaza
mil desdichas y tragedias.
Quiero examinar si el cielo
o se mitiga o se templa
por lo menos, y, vencido
con valor y con prudencia,
se desdice, porque el hombre
predomina en las estrellas.
Esto quiero examinar,
trayéndole donde sepa
que es mi hijo, y donde haga
de su talento la prueba.
Si magnánimo se vence,
reinará; pero si muestra
el ser crüel y tirano,
le volveré a su cadena.
Agora preguntarás

que, para aquesta experiencia,
¿qué importó haberle traído
dormido desta manera?
Si él supiera que es mi hijo
hoy, y mañana se viera
segunda vez reducido
a su prisión y miseria,
cierto es de su condición
que desesperara en ella;
porque, sabiendo quién es,
¿qué consuelo habrá que tenga?
Y así he querido dejar
abierta al daño esta puerta
del decir que fue soñado
cuanto vio. Con esto llegan
a examinarse dos cosas:
su condición, la primera,
pues él despierto procede
en cuanto imagina y piensa;
y el consuelo, la segunda,
pues, aunque agora se vea
obedecido y después
a sus prisiones se vuelva,
podrá entender que soñó;
y hará bien cuando lo entienda,
porque en el mundo, Clotaldo,
todos los que viven sueñan.

Segismundo—

¡Válgame el cielo, qué veo!
¡Válgame el cielo, qué miro!
¡Con poco espanto lo admiro!
¡Con mucha duda lo creo!
¿Yo en palacios suntuosos?

¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados
tan lucidos y briosos?
¿Yo despertar de dormir
en lecho tan excelente?
¿Yo en medio de tanta gente
que me sirva de vestir?
Decir que sueño es engaño;
bien sé que despierto estoy.
¿Yo Segismundo no soy?
Dadme, cielos, desengaño.
Decidme: ¿qué pudo ser
esto que a mi fantasía
sucedió mientras dormía,
que aquí me he llegado a ver?
Pero sea lo que fuere,
¿quién me mete en discurrir?
Dejarme quiero servir,
y venga lo que viniere.

Clotaldo—

Vuestra Alteza, gran señor,
me dé su mano a besar;
que el primero le ha de dar
esta obediencia mi honor.

Segismundo—

(Clotaldo es; pues ¿cómo así,
quien en prisión me maltrata,
con tal respeto me trata?
¿Qué es lo que pasa por mí?)

Clotaldo—

Con la grande confusión
que el nuevo estado te da,
mil dudas padecerá
el discurso y la razón.

Pero ya librarte quiero
de todas –si puede ser–,
porque has, señor, de saber
que eres príncipe heredero
de Polonia. Si has estado
retirado y escondido,
por obedecer ha sido
a la inclemencia del hado,

Mas fiando a tu atención
que vencerás las estrellas,
porque es posible vencellas
a un magnánimo varón,
a palacio te han traído
de la torre en que vivías,
mientras al sueño tenías
el espíritu rendido.
Tu padre, el rey mi señor,
vendrá a verte y dél sabrás,
Segismundo, lo demás.

Segismundo–

¡Pues, vil, infame y traidor!
¿Qué tengo más que saber,
después de saber quién soy
para mostrar desde hoy
mi soberbia y mi poder?
¿Cómo a tu patria le has hecho
tal traición, que me ocultaste
a mí, pues que me negaste,
contra razón y derecho,
este estado?

Clotaldo–

¡Ay de mí triste!

Segismundo–

Traidor fuiste con la ley,
lisonjero con el Rey,
y crüel conmigo fuiste;
y así el Rey, la ley y yo,
entre desdichas tan fieras,
te condenan a que mueras
a mis manos.

Clotaldo-

¡Señor!

Segismundo-

No

me estorbe nadie, que es vana
diligencia; y, ¡vive Dios!,
si os ponéis delante vos,
que os eche por la ventana.

Basilio-

¿Qué ha sido esto?

Segismundo-

Nada ha sido.

a un hombre, que me ha cansado
dese balcón he arrojado.

Clarín: que es el rey está advertido. (No sabemos qué hacer...)

Basilio-

¿Tan presto una vida cuesta
tu venida el primer día?

Segismundo-

Díjome que no podía

hacerse y gané la apuesta.

Basilio—

Pésame mucho que cuando,
príncipe, a verte he venido,
pensando hallarte advertido,
de hados y estrellas triunfando,
con tanto rigor te vea,
y que la primera acción
que has hecho en esta ocasión
un grave homicidio sea.

Yo así, que en tus brazos miro
desta muerte el instrumento
y miro el lugar sangriento,
de tus brazos me retiro;
y, aunque en amorosos lazos
ceñir tu cuello pensé,
sin ellos me volveré,
que tengo miedo a tus brazos.

Segismundo—

Sin ellos me podré estar
como me he estado hasta aquí;
que un padre que contra mí
tanto rigor sabe usar,
que con condición ingrata
de su lado me desvía,
como a una fiera me cría,
y como a un monstruo me trata,
y mi muerte solicita,
de poca importancia fue
que los brazos no me dé
cuando el ser de hombre me quita.

Basilio—

Al cielo y a Dios pluguiera
que a dártele no llegara;

pues ni tu voz escuchara,
ni tu atrevimiento viera.

Segismundo—

Si no me le hubieras dado,
no me quejara de ti;
pero una vez dado, sí,
por habérmele quitado;
que, aunque el dar el acción es
más noble y más singular,
es mayor bajeza el dar
para quitarlo después.

Basilio—

Bien me agradeces el verte,
de un humilde y pobre preso,
príncipe ya.

Segismundo—

Pues en eso,
¿qué tengo que agradecerte?
Tirano de mi albedrío,
si, viejo y caduco, estás
muriéndote, ¿qué me das?
¿Dásme más de lo que es mío?
Mi padre eres y mi rey;
luego toda esta grandeza
me da la naturaleza
por derechos de su ley.
Luego, aunque esté en este estado,
obligado no te quedo,
y pedirte cuentas puedo
del tiempo que me has quitado
libertad, vida y honor;
y así, agrádéceme a mí
que yo no cobre de ti,
pues eres tú mi deudor.

Basilio—

Bárbaro eres y atrevido.
Cumplió su palabra el cielo;
y así, para él mismo apelo.
¡Soberbio, desvanecido!
Y aunque sepas ya quién eres
y desengañado estés,
y aunque en un lugar te ves
donde a todos te prefieres,
mira bien lo que te advierto:
que seas humilde y blando,
porque quizá estás soñando,
aunque ves que estás despierto.

Segismundo—

¿Que quizá soñando estoy,
aunque despierto me veo?
No sueño, pues toco y creo
lo que he sido y lo que soy.
Y aunque agora te arrepientas,
poco remedio tendrás:
sé quién soy y no podrás,
aunque suspires y sientas,
quitarme el haber nacido
desta corona heredero.
Y, si me viste primero
a las prisiones rendido,
fue porque ignoré quién era;
pero ya informado estoy
de quién soy y sé que soy
un compuesto de hombre y fiera.

Segunda intervención de doña Aurora Egido

Clotaldo—

(A mí me toca llegar
a hacer la deshecha agora.)
¿Es ya de despertar hora?

Segismundo—

Sí, hora es ya de despertar.

Clotaldo—

¿Todo el día te has de estar
durmiendo? ¿Desde que yo
al águila que voló
con tarda vista seguí
y te quedaste tú aquí,
nunca has despertado?

Segismundo—

No,
ni aún agora he despertado;
que, según Clotaldo entiendo,
todavía estoy durmiendo;
y no estoy muy engañado;
porque si ha sido soñado
lo que vi palpable y cierto,
lo que veo será incierto;
y no es mucho que, rendido,
pues veo estando dormido,
que sueñe estando despierto.

Clotaldo—

Lo que soñaste me di.

Segismundo—

Supuesto que sueño fue,
no diré lo que soñé;
lo que vi, Clotaldo, sí.
Yo desperté y yo me vi,

¡qué crueldad tan lisonjera!,
en un lecho que pudiera
con matices y colores
ser el catre de las flores
que tejió la Primavera.
Aquí mil nobles, rendidos
a mis pies, nombre me dieron
de su príncipe y sirvieron
galas, joyas y vestidos.
La calma de mis sentidos
tú trocaste en alegría
diciendo la dicha mía:
que, aunque estoy desta manera,
príncipe en Polonia era.

Clotaldo—

¡Buenas albricias tendría!

Segismundo—

No muy buenas: por traidor,
con pecho atrevido y fuerte,
dos veces te daba muerte.

Clotaldo—

¿Para mí tanto rigor?

Segismundo—

De todos era señor
y de todos me vengaba.
Sólo a una mujer amaba;
que fue verdad, creo yo,
en que todo se acabó
y esto sólo no se acaba.

Clotaldo—

(Enternecido se ha ido
el rey de haberle escuchado.) (*Aparte*)

Como habíamos hablado
de aquella águila, dormido,
tu sueño imperios han sido;
mas en sueños fuera bien
entonces honrar a quien
te crió en tantos empeños,
Segismundo, que aun en sueños
no se pierde el hacer bien.

Segismundo—

Es verdad; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos.
Y sí haremos, pues estamos
en mundo tan singular
que el vivir sólo es soñar,
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive sueña
lo que es hasta despertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe
y en cenizas le convierte
la muerte: ¡desdicha fuerte!
¡Que hay quien intente reinar
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte!
Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza;
sueña el que afana y pretende;
sueña el que agravia y ofende;

y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida?: un frenesí.
¿Qué es la vida?: una ilusión,
una sombra, una ficción;
y el mayor bien es pequeño,
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.